



Si el toro de hoy en día no tuviera el tamaño del rinoceronte y la falta de casta del ciervo, los picadores tendrían que volver a ser lo que fueron: toreros a caballo; magníficos jinetes que aprendían el oficio en las ganaderías picando vacas y sementales, apartando corridas, encerrando becerras, conociendo el comportamiento del animal desde que nace hasta que muere, dominando las querencias y los terrenos tanto o más que el matado, disfrutando en amoldar el carácter de la bestia al de su torero.

En una época en la que los picadores eran casi míticos, triunfó Ambrosio Martín. Iba con “Litri”, con Miguel Báez Espuny, figurón del toreo, hijo, hermano y padre de toreros. Y él fue el encargado de domeñar las embestidas de aquellos toros, no demasiado grandes, todo hay que decirlo, pero con una casta y una movilidad que pedían el carnet de profesional a los que se ponían delante de sus astas.

Litri padre, cuando supo que su hijo quería ser torero, le pidió a Ambrosio que picara con el niño porque así él se sentía más tranquilo. Y Ambrosio no dudó en subirse al caballo para estar con el hijo de Miguel. Y cada tarde, detrás de aquel muchachito que encandilaba a las jóvenes, iba un hombre enjuto, moreno, callado y tímido, como siempre ha sido la gente del campo, que sólo pensaba en una cosa: en picar al toro sin llamar la atención, sin aspavientos, sin protagonismos, buscando el

beneficio de su matador más que el aplauso para sí mismo.

Ambrosio lo ha vivido todo; cada arruga de su piel es un trozo de la historia de la tauromaquia. Desde la atalaya de su montura ayudó a triunfar a Manuel Benítez “el cordobés”, a Manili, a Pepe Luis Vargas, a Antoñete. Su brazo, delgado y fuerte, fue el fielato que calibró la bravura de las ganaderías españolas. Su afición, tan descomunal como su profesionalidad, fue el ancla al que se agarraron su hermano y su hijo para continuar con la profesión. Y es que Ambrosio Martín, no sólo pasará a la historia como un picador de leyenda, sino como el fundador de una dinastía de toreros a caballo. Perdonen que incida en el término, pero para mí, el hombre que es capaz de templar la embestida de un burel desde el lomo de un caballo no es un picador, es un torero.

Ya ha llovido mucho desde que Ambrosio decidió dejar la ganadería de Clemete Tassara para recorrer las plazas de España –cuarenta y siete años si mis cuentas no fallan-. Los toros han cambiado y la fiesta también. Ya no se piden jinetes excepcionales para picar a la fiera, ahora porta la puya el hermano del matador porque la mansedumbre no necesita del oficio del experto. Pero el que quiera conocer a un verdadero picador, el que quiera saber quién heredó el cetro de Badila o de Miguel Atienza, el que quiera ver a un hombre unido a su montura, que se vaya a Aznalcóllar. Y después de observarlo a escondidas, porque su timidez le impide mostrarse a los demás, seguro que no se aguanta y grita:

COÑO, AMBROSIO, MONTADO EN EL CABALLO PARECES UN REY DE ESPAÑA.

Autor: David del Cura